

# Un paso adelante

Juan Carlos Fernández  
www.juancarlosfernandez.es

No es frecuente que la actualidad nos ofrezca motivos de alegría, más bien todo lo contrario. Pero en ocasiones encontramos alguno, aunque después la realidad de nuestra existencia tienda a disipar esperanzas y anhelos; razón de más para recrearnos en las noticias alentadoras, aunque temamos que su eco sea efímero. Vamos, pues, a ello.

Durante dos milenios, judaísmo y cristianismo han sido como agua y aceite. Olvidando con frecuencia que Jesucristo era judío, se criminalizó al pueblo semita por su condena a muerte, sin tener en cuenta que su trágico final formaba parte del plan divino en virtud del cual la Redención había de pasar por el ofrecimiento del sacrificio del Unigénito de Dios, asumido por este. Este odio, unido a otros rencores de naturaleza mucho más pedestre, cuajó muchas veces en libelos de sangre y sometió a un pueblo desterrado a sufrimientos que se han prolongado durante siglos: pogromos, expulsiones..., así hasta el Holocausto. No hace falta más que repasar nuestro lenguaje cotidiano para tomar rápida conciencia del desprecio: llamamos *judiada* a cualquier barrabasada (claro, Barrabás también era judío, aunque no fuese ejemplar, vaya ejemplo les ponga). En fin, Vasili Grossman, escritor ruso y judío, hablaba del antisemitismo como un espejo donde se reflejan los defectos de todos: individuo, sociedad y estados: "dime de qué acusas a un judío y te diré de qué eres culpable".

Evidentemente, aquí nos interesa el fenómeno religioso, no la derivación política del sionismo, ni la génesis y evolución del estado de Israel, ni cualesquiera otros fenómenos conexos. Descartados estos elementos, ¿de dónde viene el motivo de esperanza que les anunciaba al principio? Hace ya medio siglo, Pablo VI, en el marco del concilio Vaticano II, promulgó la declaración *Nostra Aetate* sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas. En ella, y comoquiera que es constatado que los hombres "esperan respuesta a los enigmas recónditos de la condición humana" en las diversas religiones (dedica epígrafes independientes al Islam y al judaísmo), se afirma que la Iglesia "no rechaza nada de lo que en estas religiones hay de santo y verdadero", y exhorta al diálogo prudente, a la colaboración con los seguidores de las religiones no cristianas, sin renunciar, claro, al "testimonio de la fe cristiana". Sostiene la declaración que "no podemos invocar a Dios, padre de todos, si nos negamos a conducirnos fraternalmente con algunos hombres", y reprueba "toda discriminación o vejación" por motivos de raza o religión. Y, en el caso concreto de los judíos, dice que no se les ha de señalar como "reprobados de Dios ni malditos".

Buena noticia, por cierto, la de proclamar la improcedencia de la intransigencia religiosa. Y ahora, cincuenta años después, nos alegra otra declaración, justo contrapunto de la anterior. Se trata de un documento que han redactado 25 rabinos ortodoxos (subráyese lo de *ortodoxos*), que ha sido suscrito después por otros dos mil. En él se habla de que la separación entre judíos y cristianos no era querida por Dios como una separación entre enemigos, sino "entre socios". Que los fieles de ambas religiones tienen una misión común "basada en la Alianza, para perfeccionar el mundo", sin que esto minimice las diferencias entre las dos comunidades.

De modo que nuestros "hermanos mayores" (Juan Pablo II) o nuestros "padres en la fe" (Benedicto XVI), encuentran una vía de reconciliación y de apuesta por cumplir los objetivos de la fe de modo constructivo, sin que esta sirva, como lo hizo durante siglos, de argumento para la masacre. Feliz idea. En un mundo suficientemente convulso y sometido a retos de todo tipo, convendría que el fenómeno religioso, expresión del temor y de la esperanza de los hombres y consustancial a su naturaleza, no sirviera para aterrorarlos aún más de lo que ya están. Esperanza. Bonita palabra.